



El Jardín de las Flores Negras



EL JARDÍN DE LAS FLORES NEGRAS

© 2018, **Ana Rosenrot**

Este libro es una obra de ficción. Los hechos, personajes, situaciones o diálogos son producto de la imaginación del autor. Aunque constan en la obra hechos históricos ocurridos en la vida real, cualquier semejanza con hechos, personas verdaderas, vivas o muertas son pura coincidencia.

Primera edición: Marzo 2018

ISBN: 978-84-8411-226-6

Depósito legal: B 7591-2018

Printed in Spain— Impreso en España

www.anarosenrot.com

Queda rigurosamente prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción distribución, comunicación pública y transformación, alquiler o préstamo público sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos de esta obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art.270 y sgts. del Código Penal).



El Jardín de las Flores Negras



Ana Rosenrot

“Quédate siempre conmigo, bajo la forma que quieras, ¡vuélveme loco! pero lo único que no puedes hacer es dejarme solo en este abismo donde no soy capaz de encontrarte”

Cumbres Borrascosas

“Más vale que acabe mi vida por su odio, que prorrogar la muerte sin tener tu amor”

Romeo y Julieta

Angustiosa y jadeante. Así es la respiración de un moribundo. Con el esfuerzo que suponía mantenerse viva a pesar de los estertores de la muerte, Eulalia consiguió reunir las fuerzas necesarias para agarrar a la joven por la muñeca y atraerla hacia sí.

La joven se acercó inmediatamente facilitándole el gesto a la mujer mientras que sus tías, que velaban incansables al lado de la cama como dos pájaros de mal agüero esperando lo inevitable, trataban de escuchar lo que la mujer intentaba decir.

—Seguramente será un desvarío— supuso una de ellas llevándose la mano al pecho en un gesto que parecía querer ocultar el colgante de su cuello.

La joven avanzó con un nudo en la garganta. Le horrorizaba la cercanía de la muerte, la abrumadora y devastadora agonía que contrastaba con el aroma afrutado y levemente dulzón que emanaba del cuerpo de su madre. No podía llorar, a pesar de que cuando había imaginado aquella situación siempre pensó que se derrumbaría como un castillo de arena. Sin embargo, allí estaba. Increíblemente aún, aparentemente serena. A escasos centímetros de la muerte, a escasos segundos del abandono más profundo. De la soledad.

El aliento ya corrompido de su madre acarició su piel cuando se aproximó a su boca esperando escuchar sus últimas palabras que imaginaba llenas de cariño.

—Los pecados de los padres los heredan los hijos... ¡no lo olviden!— susurró agónicamente.

Sus ojos vidriosos no la veían. Parecían fijos en algún punto más allá de la realidad mientras continuaba con su incoherente discurso.

—Así es y así será. Así es y así será... los hijos deben cargar con los pecados de los padres. Silencio, silencio, ¡no digas nada! Tendrás que cargarlo sobre tus hombros... ¡lo siento tanto! Dios me perdonará, pero no puedo borrarlo y esa es tu herencia.

La joven no entendía absolutamente nada. Probablemente desvariaba y sus frases confusas no significaran nada. Dejó de sentir la presión de su mano.

Dejó de hablar. Su angustia pareció darle unos instantes de tregua. Su respiración, extrañamente, se normalizó; se volvió suave y relajada durante unos segundos y después, sin más, dejó de respirar. Se fue.

Era hija única, única heredera del dolor, de la pérdida. Sin poder compartir el duelo con otro ser que pudiera sentir lo mismo que ella, pero no por ello se dejó engañar por la aparente compasión de sus tías que, con palabras suaves y ojos brillantes de rapiña, se ofrecían para revisar las posesiones de la difunta imaginando dinero escondido o algún valioso objeto. Recordaba bien las palabras de su madre advirtiéndole y sabía cómo habían actuado en otras situaciones similares: escamoteando ahora un paño bordado, ahora alguna pieza de la vajilla. Incluso distraendo alguna pequeña joya aprovechando el desconcierto y la pena de los afligidos familiares del finado durante los velatorios de los vecinos. Ella lo había visto siendo pequeña y puede que de ello le viniera su afición por las cosas brillantes, por las pequeñas joyas que atraían su atención como un imán.

No. Las conocía demasiado bien y no la engañaban con sus miradas sin pena y su riguroso luto. Además... ya se había dado cuenta de que una de sus tías se había apoderado de la pequeña Cruz de la Victoria que su madre siempre había llevado colgada del cuello. En el instante en que percibió el breve destello de la plata semiculto por la chaqueta de lana, lo supo. Sintió asco, pero no dijo nada. Ella era como su madre, nunca decía nada. Probablemente habían revisado ya todas sus pertenencias antes de que ella llegara, pero no se habían atrevido a abrir el arcón y quedarse con su ajuar. Sin duda esperaban que repartiera las cosas con ellas.

Declinó su ofrecimiento. No iba a permitir que nadie decidiera por ella qué debía tirar o conservar. Lo haría sola, y después se marcharía.

No podía quedarse allí y sabía que a su madre tampoco le gustaría. Ella habría sido la primera en instarla para que se marchara cuanto antes y continuara con su vida, pero aun así, le invadió la nostalgia y la melancolía cuando tuvo que deshacerse de las cosas de su madre. Tendría que devolver al casero las llaves de la casa y tal vez regalar los muebles que no quería y no podía llevarse. Empaquetaría el resto y se marcharía rápidamente con el baúl.

No había demasiadas cosas. Nunca hubo grandes lujos en la casa desde que murió su padre. Su madre había trabajado duro para darle una buena educación. Suspiró con pesar mientras abría el arcón que había permanecido años en la buhardilla; en él su madre guardaba con celo su ajuar entre una profusión de espliego, romero y flores secas: varias sábanas bordadas amarillentas por el tiempo, sin usar, al igual que algunas mantelerías. El espliego casi se había deshecho e inundaba cada rincón del arcón. Lo sacó todo imaginando que tendría que tirar algunas cosas estropeadas por las polillas pero cuando apartó el ajuar, aún quedaba algo en el fondo.

Horrorizada se tapó la boca con las manos para no gritar y en ese momento interpretó las palabras de su moribunda madre. Aquello era parte de su legado y debería cargar con él el resto de su vida. No quiso pensar más, volvió a llenar el arcón, lo cerró y lo dejó preparado con el resto de su equipaje.

Oviedo, 1948.

Una figura oscura y alargada se reflejaba en el empedrado reluciente como si lo acabaran de pulir. El continuo *orbayu* mantenía a la vetusta ciudad húmeda y envuelta en una ligera bruma que le daba una apariencia perezosa, como si no quisiera despertarse aún pero en sus calles ya había comenzado la actividad diaria. Varios trabajadores que comenzaban su jornada laboral saludaron respetuosamente a la figura oscura que caminaba con ligereza, aunque alguno le mirara con recelo y chasqueara los labios con incomodidad ante la presencia de un representante de la Iglesia. No eran pocos los que apretaban los puños y murmuraban en voz baja maldiciendo el régimen de Franco y a la Iglesia. La guerra civil había dejado muchas heridas sin cerrar. Cicatrices que no curarían en mucho tiempo y una espiral de recelos, odio y ansia de venganza que era drásticamente reprimida por un gobierno que buscaba, como un perro de presa, a los disidentes contrarios al régimen que habían actuado contra el Bando Nacional en la guerra. Las detenciones estaban a la orden del día y aunque las acciones violentas se podían reprimir, el odio en los corazones aumentaba.

El joven sacerdote apresuró el paso y se colocó bien el manto con un estiloso movimiento sin soltar el paraguas negro. Sus pasos fueron acallados en el momento en que las campanas de la Catedral de San Salvador anunciaron las nueve de la mañana. El trayecto desde la Universidad le había servido para desentumecer sus músculos pero su cabeza seguía en aquella continua zozobra desde que fue llamado por el obispo. Nada bueno sugería una reunión con tanta urgencia y presentía que no sería nada bueno, aunque ¿qué sería lo peor que le podría pasar? ¿La expulsión de la Iglesia? ¿La excomunión? Sonrió

irónicamente, eso hubiera sido una liberación para él y por eso mismo nunca ocurriría. Por esa parte podía estar tranquilo, entonces, ¿a qué se debía aquel requerimiento?

—Muchacho...— le había dicho su profesor de filosofía con el que mantenía una estupenda relación y con el que solía desayunar todos los jueves— monseñor Tuñón es un hombre avezado y muy inteligente. No me extrañaría que hubiera puesto sus ojos en ti para alguna misión importante. Y bien sabe Dios que no es de mi agrado, pero tengo que admitir que sabe reconocer la valía— aquellas palabras dichas por un declarado ateo resultaban chocantes.

El joven coincidía en la opinión sobre la inteligencia de monseñor Tuñón, pero no creía despertar sus simpatías. Es más, estaba convencido de todo lo contrario e intuía que sería confinado en algún lugar alejado y perdido.

—¡Sería imperdonable malgastar tu gran talento aislándote en una parroquia de pueblo sin más oficio que confesar a viejas beatas y dar la extremaunción a los moribundos! ¡Intolerable!— protestó el profesor ante aquella posibilidad, pero para el joven no era una idea tan descabellada y estaba seguro de que monseñor no dejaría que se acomodara en la vida tranquila y apacible de estudiante universitario que llevaba.

Con una alentadora palmada en la espalda, el profesor Castrosua le deseó suerte en su entrevista asegurándole que le esperaría en la cafetería, pues tenía verdadera curiosidad por conocer las intenciones de monseñor Tuñón, hombre al que se le atribuía más poder en Oviedo que al mismísimo gobernador civil.

Inmerso en sus pensamientos, Pablo Arteaga se dirigió al Palacio Arzobispal. Aún recordaba la impresión que le produjo el edificio la primera vez que lo vio, pero sobre todo recordaba la severidad de la mirada del obispo, casi tan pétrea como los muros de piedra y con un leve aire de desprecio. Él tenía diecinueve años y acababa de llegar desde el monasterio de Covadonga, donde había estado dos años, para ingresar en el seminario de Oviedo. Le hizo sentir como si fuera un despojo, alguien que no merecía siquiera el perdón de Dios.

Recordó su temblor cuando el obispo leyó de manera impertérrita la carta que le enviaba el obispo de Barcelona, que había sugerido su

ingreso en Covadonga, donde sin duda le ponía al corriente de su situación. Sólo entonces le dirigió la palabra.

—Un pecado atroz el que ha cometido. Una vergüenza para su familia

No le quedó más remedio que bajar la cabeza, avergonzado, mientras se sentía la persona más despreciable de la tierra. No podía soportar ser juzgado de aquella manera pero ya había desistido de dar explicaciones. Lo único que le quedaba era aceptar su responsabilidad, su destino y su penitencia.

—Por suerte— continuó—, Dios en su misericordia perdona cualquier pecado, incluso los más abyectos. Incluso el suyo— enfatizó mientras cruzaba las manos ceremoniosamente—. Su tío, el señor Arteaga, ha obrado correctamente al tomar una decisión tan acertada pues el calibre de su pecado sólo puede ser perdonado con paciencia, rezos, y una gran penitencia que por lo que veo está usted dispuesto a cumplir, ¿no es así?— preguntó mirándole inquisitivamente.

El muchacho asintió con resignación, ¿es que podía hacer otra cosa? Aquellos dos años en Covadonga habían minado su resistencia. Dos años en los que fue obligado a “reflexionar” recluido en una celda monacal, aunque fue lo más parecido a un encarcelamiento. Se sentía tan culpable que hubiera hecho cualquier cosa, pero nunca pensó que su tío Fernando le impusiera precisamente aquella penitencia: convertirse en sacerdote. Ahora, con los años, se daba cuenta de lo maquiavélica que había sido aquella decisión y de que se trataba del castigo perfecto.

Lo comprendió el día que tomó sus votos.

El día que fue ordenado sacerdote fue el peor día de su vida, pero él lo aceptó. Postrado sobre la alfombra en el suelo de la Catedral de San Salvador, frente al espectacular retablo del gótico tardío, con el resto de sus compañeros de seminario mientras escuchaba los cánticos religiosos y con el Santo Sudario como testigo, se dio cuenta de la magnitud del castigo. No fue una celebración como para el resto, allí no había familiares ni amigos emocionados. Sólo él, su tío Fernando mirándole fríamente desde los bancos, como un testigo en una ejecución. No le cabía la menor duda de que había disfrutado con su primera tonsura, con la imposición de las manos de monseñor Tuñón sobre su cabeza, con su aceptación y juramento de los votos que le convertían en sa-

cerdote. En aquel momento tuvo conciencia de que lo había perdido todo, pero sobre todo había perdido a su padre. Le envió varias cartas a la cárcel de Atocha, instalada en el colegio de los Salesianos, donde había sido encarcelado tras la guerra civil, pero no había obtenido ninguna respuesta, lo que evidenciaba la decepción que había supuesto su ordenación como sacerdote. Sólo mantenía correspondencia con su madre, probablemente la única que se sentía orgullosa de tener un hijo cura. Un deseo secreto que durante años había albergado en su corazón y que se había cumplido, según ella, por la gracia de Dios, aunque intuía que su madre debía saber los verdaderos motivos que le habían obligado a tomar esa decisión.

En cualquier caso no tenía otra salida. Hiciera lo que hiciera se enfrentaría con el desprecio de los suyos.

—Espere aquí un momento. Voy a avisar a monseñor— el secretario le sacó de sus recuerdos y le acomodó en una salita decorada con gusto.

Para aliviar la impaciencia sacó del bolsillo de su sotana la última carta que había recibido de su madre hacía pocos días. En ella, como siempre, le reiteraba lo orgullosa que se sentía de él, le contaba anécdotas de los vecinos, de lo que ocurría en Madrid... pero ni una palabra de parte de su padre. De igual modo, durante aquellos años, ella había evitado contestar a sus desesperadas preguntas, obviando el doloroso tema del que nunca habían hablado, como si no hubiera ocurrido nada, como si ella no supiera nada. Intuía la alargada sombra de su tío Fernando que sin compasión decidía con firmeza sobre su vida, e imaginaba que había hablado con su madre asegurándole que aquello era lo mejor para todos. Y tal vez fuera verdad, al fin y al cabo no podía culpar a su tío, sólo él era el responsable de lo que había ocurrido y por eso había terminado por aceptar con resignación cumplir aquella penitencia... o condena.

Diez largos minutos tuvo que esperar hasta que fue introducido en el despacho de monseñor Tuñón. Los años parecían no haber pasado por él, mantenía el mismo brillo inquisitivo en su mirada, tal vez sus facciones parecían más descolgadas... pero sin duda su firmeza a la hora de tomar decisiones se mantenía intacta, al igual que su mirada fría y acusadora.

—¿Qué tal se encuentra, padre Arteaga?

—Muy bien, monseñor— había aprendido a ser respetuoso y humilde ante sus superiores aunque su rebeldía aún se encontraba en el interior de su alma, donde nadie podía llegar. Disfrazaba de obediencia lo que no era más que frustración, pero su actitud resignada y sumisa agradaba al prelado que sonrió ligeramente.

—Bien...— suspiró y cruzó las manos en un gesto paciente—. Se preguntará para qué le he hecho venir— continuó sin esperar una respuesta—. He tenido varias conversaciones con el rector de la Universidad sobre usted y tengo que decir que está enormemente satisfecho con sus resultados académicos. Es indudable viendo sus notas que fue un acierto decidir que siguiera estudiando en la universidad tras la ordenación, y su nombre ha llegado a instancias más altas.

Pablo dio un respingo, ¿qué quería decir?

—El cardenal Gutiérrez de Leza se ha interesado por usted— continuó—. Al parecer ha pensado que sería bueno que le acompañara al Vaticano un sacerdote joven y universitario como usted— le miró fijamente—. Podría llegar a ser diplomático. Tiene un gran futuro por delante si sigue por ese camino, pero...

El joven sonrió. Sabía que tras aquellos halagos habría un “pero”. Tal vez se trataba de una nueva manera de torturarlo: primero un halago para hacerle creer que todo estaba bien y después hundirle en la miseria.

—No quiero que se aparte de su labor eclesíástica.

Pablo asintió. Monseñor no iba a permitir que continuara con lo que más le gustaba. No le permitiría seguir estudiando

—¿Tengo que dejar la Universidad?— preguntó procurando no demostrar su desilusión.

—En absoluto— contestó para su sorpresa—. El cardenal Gutiérrez de Leza y yo consideramos que su talento podría desembocar en un puesto de importancia en Roma, en un futuro, claro está. Y si finalmente acompaña al Vaticano al cardenal, continuará sus estudios allí, pero... como le decía, no debemos descuidar sus funciones sacerdotales— su sonrisa no delataba buenas intenciones.

Monseñor Tuñón sonrió brevemente al constatar la incertidumbre del joven.

—De momento seguirá con sus estudios de Derecho y Filosofía aquí, pero tendrá que compaginarlo con sus nuevas responsabilidades. A partir de la semana que viene será el ayudante del párroco de la iglesia de San Gerónimo, se trasladará allí. Asistirá en los oficios religiosos, administrará los sacramentos y le acompañará en todas sus funciones— el prelado le miró fijamente—. No sería bueno que llegara al Vaticano sin haber tenido contacto directo con los feligreses, ¿no cree? Se le preparará un plan de estudios compatible con su nueva tarea. Eso es todo.

No había opción a ninguna pregunta ni queja. Todo estaba decidido y él únicamente debía obedecer. Se levantó y besó el anillo del obispo, cubrió de nuevo su cabeza con el bonete negro y se dispuso a salir.

—Su tío estaría orgulloso de usted— añadió monseñor con satisfacción.

Al joven sacerdote se le llenó la boca de saliva amarga. Lo que menos le importaba era agradar a su tío Fernando y lo que más lamentaba era que, a su pesar, lo hacía y que todo lo que enorgullecía a su tío, le apartaba un poco más de su padre.

Era ya la media pasada cuando salió del Palacio Arzobispal. El día se mantenía en una especie de bruma sin decidirse a seguir lloviendo o conceder una tregua, pero el joven ya estaba acostumbrado al inquieto clima de Oviedo y el paraguas se había convertido en un elemento indispensable para salir a la calle. La ciudad ya estaba en plena actividad y la bruma se había aplastado contra el suelo dejando jirones cristalinos sobre el empedrado que humedecían el borde de su sotana. Sorteando charcos meditaba sobre su reunión con el obispo y la posibilidad de ir al Vaticano siempre que cumpliera con la tarea en la iglesia de San Gerónimo. Aquello parecía una especie de prueba. Ni siquiera conocía esa parroquia pero podía darse por contento al no tener que abandonar sus estudios, tal como imaginaba. Podría continuar en la universidad y convertirse en... un prestigioso miembro de la Iglesia que sería el orgullo de su tío Fernando. Aquello le divirtió y ahogó una carcajada irónica justo cuando pasaba al lado de la estatua de La Regenta mientras se dirigía a la confitería Rialto, no lejos de allí.

Al abrir la puerta del obrador le recibió un agradable ambiente cálido y humeante con aroma a café, chocolate y bollos recién hechos. El profesor Pedro Castrosua le saludó cordialmente y Pablo Arteaga, o más bien el padre Arteaga, se apresuró a sentarse a la mesa de su profesor.

—¿Qué tal?, ¿qué ha pasado?— preguntó expectante.

Antes de contestar, el joven solicitó un chocolate y después sonrió de esa manera suya llena de hastío y resignación.

—Al parecer el cardenal Gutiérrez de Leza se ha interesado por mí y quiere que le acompañe al Vaticano, pero el obispo quiere que antes me implique más en mi labor sacerdotal. Me ha encomendado ayudar en una parroquia, la de San Gerónimo, pero seguiré en la universidad aunque puede que termine el doctorado en Roma.

El profesor Castrosua suspiró aliviado. No quería perder a un joven con tan buena disposición para el estudio y había barajado la posibilidad de hablar en persona con Monseñor en caso de que la reunión hubiera sido un fiasco, pero se había equivocado, ¡el Vaticano! Aquello era una gran noticia.

—¡Bien, bien!, ¡esto hay que celebrarlo! ¡Dos *carbayones*!

Era ya costumbre que profesor y alumno desayunaran los jueves antes de las clases. Entre ellos se había establecido una corriente de simpatía y cordialidad. A don Pedro Castrosua, sin embargo, le costaba entender que un joven de las cualidades de Pablo Arteaga hubiera entregado su vida al sacerdocio, pues sabía que poseía un espíritu crítico que cuestionaba todo lo que no pudiera ser demostrado, ¿y qué más indemostrable que la existencia de Dios? Le desconcertaba aquello, sobre todo después de algunos debates con sus alumnos en los que el joven prefería silenciar su opinión aunque percibía que hervía por dentro, era como si se estuviera mordiendo la lengua.

No creía que verdaderamente tuviera una gran vocación religiosa, no le veía sacrificándose por un Dios al que no podía ver ni tocar, ¡y ahora para colmo iría al Vaticano a codearse con el mismo Papa!, ¡era surrealista! Aunque también una gran oportunidad.

No podía entenderlo. Estaba seguro de que Pablo no creía en Dios pero tal vez el sacerdocio había sido la única manera de sobrevivir ya que tenía entendido que su padre estaba detenido en Madrid por ser contrario al gobierno. En cualquier caso se alegraba de que el obispo no hubiera decidido trasladarle a algún pueblo perdido. Tenía razón, monseñor Tuñón era inteligente, y con vocación o no, quería convertir a Pablo Arteaga en alguien importante dentro de la Iglesia para su propio beneficio.

El chocolate espeso y humeante junto a los *carbayones* llegó a la mesa ante la satisfacción de don Pedro Castrosua que se frotó las manos con deleite.

—¡El mejor chocolate del mundo! ¡El mejor!— aseguró y Pablo sonrió porque para él, el mejor chocolate del mundo estaba en otro lugar.

Madrid, 1936.

—¡Es el mejor chocolate del mundo!— aseguraba el crío de doce años mientras se relamía las comisuras donde el chocolate había dejado unos rastros inequívocos.

El continuo murmullo y ruido de tazas y platos de la buñolería-churrería San Ginés, o “La Escondida” como era conocida, constituían parte del encanto de aquel lugar. Estaba cerca de su casa en la calle San Felipe Neri y allí Pablo solía desayunar con su padre antes de que ambos comenzaran sus obligaciones diarias en la escuela y en el trabajo.

A su padre le gustaba madrugar y tras despedirse de su mujer, acudía a San Ginés con su hijo y leía el periódico acompañado por el tintineo de las tazas y el aroma del café y el chocolate. Prefería el *Heraldo* y el *Ahora*, descartando otras publicaciones de corte conservador como el *ABC*. En cualquier caso, en todos se evidenciaba la tensión existente y la gran inestabilidad política y social. Solía mover la cabeza cuando leía las noticias y no podía evitar chasquear la lengua con preocupación pues intuía que España se encontraba en una situación muy delicada y preocupante.

Alborotó el cabello castaño claro del muchacho y sonrió ante la seguridad de su hijo Pablo.

—¿Es que has probado todos los chocolates del mundo para poder decir eso?— preguntó.

Pablo frunció el ceño. A veces no era necesario ver para creer, eso decían los curas, ¿no? Eso era tener fe, y él la tenía, al menos en el chocolate de San Ginés porque su padre le había repetido muchas veces que Dios no existía, aunque su madre le hacía rezar por las noches.

En cualquier caso el chocolate de San Ginés estaba fuera de toda discusión.

—Vamos, llegaremos tarde.

Juan Arteaga se dirigió a su trabajo tras despedir a su hijo a la salida de la chocolatería y colocarle la bufanda. El frío de primeros de enero se colaba por cualquier resquicio.

El emblemático símbolo de *La Unión y el Fénix* parecía observar desde lo alto a los transeúntes que paseaban por la calle de Alcalá. Juan Arteaga, trajeado como era su costumbre, se dirigió a buen paso a su trabajo en la aseguradora pasando frente a la cercana iglesia de Las Caltravas donde ya los primeros feligreses acudían para escuchar misa.

Juan Arteaga no era creyente, pero era un buen hombre. Sus ideas progresistas le llevaban a considerar que la influencia de la religión era, si no perniciosa, por lo menos demasiado coercitiva. Esa apreciación no le impedía mantener buenas relaciones con personas que opinaban justo lo contrario. Incluso mantenía la costumbre de visitar todos los sábados al sacerdote que fue su maestro y con el que tenía apasionantes charlas sobre lo humano y lo divino. Era ante todo un hombre fiel a sí mismo, a sus propias creencias basadas en la honradez, el trabajo y el respeto, como lo demostraba el que su mujer, Mercedes, acudiera sin falta todos los domingos a escuchar misa a la iglesia de San Ginés y se llevara a Pablo con ella. En esas ocasiones él prefería esperarles rebuscando libros de segunda mano en los puestos exteriores de la librería ubicada en el pasadizo del mismo nombre, en la calle Arenal, que conducía a la Puerta del Sol. Sus ideales se acercaban más a la república que a la monarquía, pero se alejaba del fanatismo con que algunos argumentaban su pensamiento y tampoco consideraba que una izquierda radical con un comunismo dictatorial fuera una buena solución para España.

Entró en la oficina y fue recibido por el sonido de los teléfonos, el tecleo de las máquinas de escribir y la voz de las telefonistas.

—¡Te lo dije, Arteaga!— exclamó un compañero nada más verle entrar— ¡Te dije que el Athlétic ganaría al Real Madrid!, ¡te lo dije!— repitió alegremente mostrando un ejemplar de un periódico deportivo.

Arteaga soltó una carcajada mientras se despojaba del sombrero.

—No has esperado ni a que me quitara el abrigo.

Enrique Navarro asintió enfervorizado.

—Estaba seguro de que Gerardo marcaría.

—La verdad es que Alberti, el portero, lo tuvo complicado— asintió mientras colgaba su abrigo en el perchero.

—Me debes un café— aseguró Enrique señalándole con el dedo y volviendo a su despacho.

—Vale, vale... pero te aseguro que el Real Madrid terminará ganando la Copa este año.

—Tonterías...

Aún con la sonrisa en el rostro, Juan se dispuso a revisar la documentación que tenía sobre la mesa y comenzar con su trabajo. Ya habría tiempo durante el descanso de la mañana para que Enrique siguiera martirizándole con la victoria del Athlétic de Bilbao.

Tres horas más tarde y tras enviar al botones a comprar pan para preparar el bocadillo de media mañana, Juan y el resto de sus compañeros conversaban animadamente y fumaban. A pesar de tener diversas opiniones, la amistad había traspasado las fronteras del trabajo y muchos fines de semana salían juntos con las familias a tomar pollo y sidra en Casa Mingo, próximo a la Ermita de San Antonio de la Florida. Contagiaban al resto de compañeros sus ganas de pasarlo bien pero también eran tremendamente responsables y cumplían los objetivos profesionales creando, además, un buen ambiente de trabajo.

Enrique advirtió a sus amigos sobre Pascual, un compañero que acababa de entrar en la oficina.

—Lleva unos días muy raro. Apenas habla y se va corriendo por las tardes.

—Tendrá prisa por llegar a misa— bromeó uno de ellos causando las risas de los demás pues de todos era conocido su devoción religiosa y muchos le calificaban despectivamente de “meapilas”. Era hijo único de una viuda, atractivo, con labia suficiente para embaucar a cualquier cliente para venderle lo que fuera. Un don que usaba también para encandilar a las muchachas en los bailes. Le gustaba vivir bien y solía alardear de sus buenas corbatas y sus zapatos siempre brillantes que cambiaba cada dos meses justos.

—¡Eh, Pascual! ¿Te vienes a tomar algo luego en Edelweiss?— preguntó refiriéndose a la famosa cafetería de la calle Jovellanos, tras el Congreso de los Diputados.

—No puedo. Tengo que quedarme... tengo trabajo atrasado.

Se despidió abruptamente y se dirigió a su mesa ante la atenta mirada de sus compañeros.

—Algo le pasa— aseguró Enrique.

—Eso es que se ha echado novia formal— comentó Vicente soltando una risotada contagiosa.

Juan miró largamente a Pascual. Él también se había dado cuenta del cambio de actitud del joven que, como atraído por su mirada, levantó la cabeza y se enfrentó a Juan con una mezcla de soberbia, miedo e inquietud.

A Juan no le gustaba Pascual, no por su fama de santurrón, sino por su actitud déspota con la gente humilde. Algo similar a lo que hacía Ramón Albear, un vecino suyo de izquierdas que trataba despectivamente al portero, lo que venía a atestiguar que las ideas políticas no condicionaban a una persona, sino su carácter y sus sentimientos, y para Juan Arteaga eso era lo verdaderamente importante.

Intuía algo perverso en Pascual, algo oscuro en su personalidad y le escamaba aquel nerviosismo que demostraba. En fin, puede que fuera lo que decía Vicente, que hubiera sentado la cabeza y se hubiera echado novia.

Pascual se pasó el dedo índice por el cuello de la camisa y se aflojó la corbata. Sentía que se ahogaba y el sudor le corría por las sienes. Las cosas se estaban complicando pero debía tranquilizarse, sus compañeros se daban cuenta de su nerviosismo y eso no era bueno.

—¿Necesitas que te eche una mano?

—¿Qué? No, no. No es necesario.

—No me importa, así no tendrás que quedarte a hacer más horas.

—He dicho que no hace falta— contestó rudamente. Añadió un “gracias” de última hora para no parecer demasiado grosero ante el ofrecimiento de Juan Arteaga, ¿por qué tenía que entrometerse?, ¿sospecharía algo? No le caía bien, era un rojo y si por él fuera no consenti-

ría que alguien con ideas de izquierda trabajara allí. Le miró de soslayo cuando se marchaba y respiró aliviado. Se sentía mal, estaba mareado... todo había salido a la perfección hasta lo del incendio... ¡mierda!

El trabajo continuó hasta la tarde. El frío seco y crudo de Madrid se hacía más intenso al anochecer y todos se calaron el sombrero, levantaron el cuello de sus abrigos y se despidieron rápidamente para llegar cuanto antes a su casa. Algunos cogieron el metro o el tranvía pero Juan, fiel a su costumbre, prefirió volver andando. Comentó con el portero de la finca que aquel frío era excesivo y después subió a su casa donde Pablo estaba haciendo los deberes y su mujer le enseñó orgullosa las tazas que había adquirido esa misma mañana en los Almacenes Sepu a un precio estupendo.

Cuando Pablo terminó con los deberes y mientras su madre ponía la mesa, Juan trasteó con la radio para amenizar la cena.

La vida familiar transcurría tranquila y por la noche, el sonido rutinario y conocido del sereno dando la hora ayudaba a conciliar el sueño.

Pascual García de la Fuente no dormía. La intranquilidad le devoraba por dentro. Tenía un gran problema y no sabía cómo solucionarlo. Estuvo dando vueltas en su cama hasta bien entrada la madrugada. Sólo cuando el día comenzaba a despuntar se quedó dormido.

Julita Monleón se puso sobre el abrigo negro un pañuelo de vivos colores, se ajustó los guantes y cogió su bolso para salir a la calle. Quería tener un buen aspecto para acudir a las oficinas de La Unión y el Fénix. Cogió el tranvía que la dejaba en La Gran Vía y se sintió intimidada por la enormidad del edificio pero entró resueltamente y cuando llegó a las oficinas solicitó hablar con don Pascual García de la Fuente.

—Aún no ha llegado, ¿le puedo ayudar en algo?— se ofreció Enrique Navarro solícitamente.

—Muchas gracias. Siempre he tratado con él pero imagino que no importa si trato el tema con usted. Se trata de mi póliza de seguros. El señor García me dijo que debía esperar unos días, que él me llamaría,

pero ya han pasado tres semanas. La casa de mis padres en la calle Goya se ha quemado en un desgraciado incendio y quería saber cómo estaban los trámites.

—¡Cuánto lo lamento!— exclamó Enrique ofreciéndole a la mujer de mediana edad un asiento frente a su mesa— ¿Alguna desgracia personal?

—No, gracias a Dios. La casa estaba vacía desde que murieron y el incendio no afectó al resto del edificio, pero quiero arreglarla lo antes posible para alquilarla.

—Claro, claro. Si me dice su nombre buscaré la póliza inmediatamente y veremos de solucionarlo rápidamente.

Enrique Navarro se volvió loco buscando la dichosa póliza. Le pidió ayuda a Vicente Merino, a un par de compañeros y a una secretaria, pero ninguno consiguió localizar una póliza a nombre de doña María Julia Monleón Pérez.

—Es incomprendible...— murmuró Enrique con desesperación.

—¿No aparece?— preguntó Juan Arteaga al darse cuenta del problema— ¿Quién lleva la póliza?

—Pascual, pero todavía no ha llegado— respondió Enrique de mal humor.

—Hablaré con doña Julia, a ver si está a otro nombre que no recuerdas.

La mujer aseguró que el nombre era correcto y que estaba al corriente de pago como lo demostraba los recibos que había llevado.

Enrique y Juan cruzaron una significativa mirada al comprobar los recibos: sin membrete de la aseguradora, sin nombre del emisor y con una firma ininteligible.

—Voy a hablar con el director— anunció Juan con semblante serio.

El resto de compañeros le siguieron con la mirada seguros de que algo grave ocurría.

Pascual lanzó un improperio cuando se despertó una hora más tarde de lo habitual. Se había quedado dormido después de no pegar ojo en toda la noche. Se vistió rápidamente y por el camino pensó la excusa que pondría en la oficina para justificar su retraso, pero nada

más llegar se dio cuenta de que algo grave pasaba. Se fijó en una mujer de mediana edad que le sonrió con devoción y en seguida lo relacionó: era Julita Monleón, ¿por qué estaba allí? Le había dicho que esperara a que él la llamara.

—García, pase a mi despacho— le conminó el director con el gesto más serio de lo habitual.

Pascual tragó saliva y obedeció. No podía hacer nada.

En el despacho se encontraba también Juan Arteaga, y Pascual carraspeó nervioso al ver que sostenía en la mano los recibos que él le había dado a Julita tras cobrarle fraudulentamente una póliza de seguro que nunca hizo efectiva. El negocio había sido redondo: él le firmaba unos recibos sin valor tras recibir una inflada cuota mensual que cobraba en mano y ella quedaba tan contenta, ¿quién iba a saberlo? La mala suerte había querido que un incendio destruyera la casa supuestamente asegurada y ahora él se encontraba con la papeleta de restituir una gran cantidad de dinero que no tenía. Le había dado largas a Julita en espera de que se le ocurriera algo, ¿por qué había ido a la aseguradora? ¡Era una estúpida! Pensó que la había encandilado lo suficiente con su labia y su tonto pero la mujer quería arreglar el pisito cuanto antes.

—¿Qué significa esto?— gritó encolerizado el director exigiendo una explicación.

—No sé a qué se refiere— dijo encogiéndose de hombros intentando aún salvar la situación.

—Doña Julia Monleón asegura que contrató una póliza de seguros contigo. Una póliza que no aparece por ningún sitio— contestó Juan—. No existe, ¿verdad? Has estafado a esa mujer y a la aseguradora. Le has firmado unos recibos que no valen nada y te has quedado con su dinero.

Pascual miró con odio a Juan. Tenía que ser precisamente ese rojo de mierda el que lo acabara descubriendo todo.

—Te ha salido mal la jugada. Eres un ladrón— dijo el director con desprecio—. Tienes que reintegrar el dinero de doña Julia ahora mismo o llamaré a la policía.

Pascual tragó saliva.

—No lo tengo.

El director dio un puñetazo en la mesa que sobresaltó al resto de empleados. Julita no entendía por qué era tan complicado cobrar el seguro.

Juan tuvo que interceder para que aquello no llegara a mayores. Tenían un grave problema. Si denunciaban a Pascual y el caso salía a la luz, eso repercutiría en la fiabilidad de la empresa. Tenían que buscar otra solución y por supuesto restituir el dinero a doña Julia aunque perdieran ellos. No podían permitirse un escándalo.

—Firma la renuncia voluntaria y márchate de aquí ahora mismo— dijo el director con desprecio aceptando la propuesta de Arteaga, siempre lúcido para encontrar soluciones.

—¿Y mi finiquito?— se atrevió a preguntar pero al segundo tuvo el convencimiento de que podía darse por contento si no acababa en la cárcel. Con una desafiante mirada hacia Juan Arteaga firmó decididamente la renuncia y salió del despacho. Lo que más le humillaba era que un rojo de mierda le hubiera descubierto, pero no era sólo eso, sino el hecho de que aún tuviera que agradecerle que intermediara para que el director no le denunciara. Salió de las oficinas rojo de vergüenza sintiendo las miradas de sus compañeros sobre él, ¡panda de paletos sin aspiraciones!, él era el único que había tenido los suficientes reaños para llevar a cabo lo que seguro que muchos deseaban en sueños. Ahí no acababa la carrera de Pascual García de la Fuente, algún día sería alguien importante y aquellos estúpidos le tendrían que respetar.

No fue un buen día para Arteaga y el resto de sus compañeros que terminaron la jornada con un regusto amargo. Unos ligeros copos de nieve acompañaron a Juan durante el camino y cuando llegó a su casa su mujer se percató en seguida de que algo ocurría.

—Cosas del trabajo... ¿dónde está el niño?

—Ha bajado al quiosco a comprar canicas para el chico del portero que las ha perdido.

Juan sonrió, Pablo era un buen muchacho, sería un gran hombre porque era noble. La honradez no estaba en la ideología o la religión. Bastaba ser una buena persona y querer para los demás lo mismo que se quería para uno mismo.

A un así, creo que el obispo es peligroso. Es un hombre ambicioso y no descartaría que quisiera utilizarte para sus propios fines, o tal vez eliminar a un probable rival en el futuro— aseguró el profesor Castrosua mientras se limpiaba la comisura azucarada de la boca.

Pablo no estaba de acuerdo con eso. Consideraba que en sus circunstancias, monseñor podría borrarle del mapa sin que a nadie le importara lo más mínimo. Se encogió de hombros.

—Será lo que Dios quiera, ¿no?

El profesor percibió un tinte irónico en sus palabras, alimentando su convicción de que la vocación religiosa de Pablo Arteaga era bastante discutible. Su actitud resignada era demasiado evidente, ¿por qué entonces el obispo de Oviedo tenía tanto interés en un joven al que podría acusar de apostasía? Si creyera en Dios podría decir que los caminos del Señor eran inescrutables. Consultó su reloj y se dio cuenta de que debía apresurarse si no quería llegar tarde a la clase de primera hora en la universidad.

—No tengas prisa y disfruta del chocolate. Nos veremos en la clase de las doce. Invito yo— dijo a modo de despedida mientras sacaba un billete de la cartera.

Había comenzado a llover de nuevo. Las calles estaban tristes, ya había pasado la festividad de San Mateo con sus fuegos artificiales, la música de la banda municipal, los teatrillos, la verbena con sus puestos y el reparto del *bolllu preñao* entre los pobres. Ahora quedaba la rutina, la llovizna persistente y aquella neblina que envolvía Oviedo como un sudario húmedo, convirtiendo el frondoso parque de San Francisco en una especie de goteante bosque misterioso y ancestral.

Aquella sensación contrastó con la entrada en la cafetería de dos jóvenes de risa cantarina que llenaron el lugar de luminosidad y alegría. El joven sacerdote las contempló mientras ellas sacudían sus ropas de las múltiples e invisibles gotas de lluvia que las cubría. No cabía duda de que eran de buena familia ya que pidieron un par de *casadielles* con displicencia, con la soltura de quien está acostumbrado a dar órdenes al servicio.

Durante una fracción de segundo su mirada se cruzó con la de una de ellas, la más guapa, de mirada más chispeante y maneras más altivas. Su cabello, peinado a la moda, era castaño claro y se adivinaba suave, al igual que su cutis blanco y ligeramente rosado. Su boca se curvó en una sonrisa de superioridad al sentirse observada por el joven sacerdote y mantuvo una mirada descarada que turbó al joven.

—Envuélvalas para llevar, por favor— solicitó su compañera sacando un coqueto monedero de su bolso. Tras pagar, ambas se dirigieron a la salida, pero se quedaron en la puerta observando la fina lluvia que discurría por las ventanas.

—Nos emparemos antes de llegar a casa— se quejó la otra con pesar.

—Te dije que lleváramos el paraguas.

—Si me disculpan... no me importaría ofrecerles mi paraguas.

Las dos jóvenes se volvieron y se encontraron con el sacerdote.

—¡Oh! Es usted muy amable, pero no podemos aceptar y dejar que un hombre de Dios camine bajo las inclemencias del tiempo— dijo la que parecía más mayor.

—No se preocupe— contestó Pablo con una sonrisa—. No creo que la lluvia acabe conmigo. Correré si es preciso.

—¿Y cómo podremos devolvérselo?— preguntó su compañera. Su voz concordaba con su aspecto: hermosa pero con un tono impositivo.

—Hagan una buena obra y préstenlo a cualquier otro transeúnte inconsciente u olvidadizo que no lleve paraguas.

Aquello despertó la sonrisa en las señoritas que terminaron aceptando el ofrecimiento, y mientras la mayor de las jóvenes se afanaba en abrir el paraguas, su compañera mantenía la mirada fija en la figura del joven y atractivo sacerdote que caminaba sin prisa bajo la incansable lluvia que parecía enamorada de la ciudad.

Llovía cuando el tren salió de la estación, y no ha dejado de llover hasta que hemos llegado al destino final. De igual manera yo he estado llorando durante todo el camino. El cielo nublado parece lleno de malos presagios. Nadie ha ido a despedirme a la estación y mi única compañera de viaje es la hermana Caridad, religiosa de la orden de las Adoratrices. Una mujer de gesto adusto cuya mirada me hacía agachar la cabeza. En un descuido me he dado cuenta de que ocultaba una pistola entre sus ropas y eso me ha hecho temblar, aunque no es extraño. Antes había escuchado historias sobre las Adoratrices, como las Oblatas, las Capuchinas y algunas más que dirigían conventos y colegios donde se recluyen a jóvenes descarriadas, tanto moral como socialmente; mujeres que han tenido la desgracia de quedarse embarazadas estando solteras, huérfanas, jóvenes rebeldes, delincuentes... de toda clase de estamentos sociales. Algunas son ingresadas por su propia familia, son las llamadas "de pago". Jóvenes con defectos, con manchas vergonzosas, con la maldad en su interior. Como yo.

No puedo dejar de llorar ¿cómo será mi vida a partir de este momento?, ¿qué tormentos me esperan? Tengo miedo, mucho miedo y cuando miro por la ventanilla mis lágrimas se confunden con las gotas de lluvia. Me siento tan vulnerable, perdida y sola.

Mi padre no ha querido hablar conmigo, le he suplicado que me perdonara. Nunca le había visto tan enfadado, tan frío. Nunca podré olvidar su mirada y sus palabras mientras me apartaba de él con desprecio: "No quiero volver a verte nunca más"

La hermana Caridad me mira de vez en cuando pero ni siquiera me ha dirigido la palabra en todo el camino, sólo una vez para decirme que está bien que

llore, que lo que he hecho necesita de mucha penitencia, mucho acto de contrición y perseverancia. Dice que estará pendiente de mí y que se necesitará mucho tiempo y esfuerzo para devolverme al redil como oveja descarriada que soy, aunque duda de que mi pecado pueda ser perdonado por el mismo Dios pues nunca hasta ese momento había escuchado algo tan... horrible.

Puede que tenga razón. Puede que merezca todo lo que me va a pasar.